

MANUEL ANTONIO GARRETÓN, ED.
*AMÉRICA LATINA: UN ESPACIO CULTURAL
EN EL MUNDO GLOBALIZADO*
Bogotá. Convenio Andrés Bello, 1999

Qué es la globalización, y si es nueva en algún sentido, son focos de un intenso debate. Y no es para menos. Hay buenas razones para pensar que vivimos un período crucial de transición histórica. Nuestra época surgió bajo el impacto de la ciencia, la tecnología y el pensamiento racional. La cultura industrial fue forjada por la Ilustración (por pensadores que luchaban contra la religión y el dogma) y se suponía que con el desarrollo ulterior de la ciencia y la tecnología el mundo llegaría a ser más estable y ordenado. Pero, como diría Giddens, el mundo en el que nos encontramos hoy no se parece mucho al que nos pronosticaron; en vez de estar cada vez más bajo nuestro control, parece escaparse fuera de él –un mundo desbocado (Anthony Giddens. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid/Buenos Aires. Taurus, 1999, 13-14).

Es más: si somos, como muchos estudiosos han sugerido, la primera generación que experimenta este proceso global, es de esperar que no sea una tarea fácil comprender y aprehender qué es la globalización, y su impacto en cómo pensamos nuestra identidad, nuestra cultura, nuestros procesos políticos, y aun nuestra noción de ciudadanía. Esto es lo que ciertamente se pone de relieve en el libro que ahora nos ocupa, *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado*, el cual se suma al debate sobre la globalización y sus efectos en la región.

Como su título lo indica, este libro presenta, desde la perspectiva de pensadores latinoamericanos y europeos, una serie de discusiones sobre las diversas posibilidades y dimensiones de un espacio cultural latinoamericano y su integración en el marco de los procesos de globalización y transformación de las sociedades contemporáneas. El libro está organizado en cinco partes. La primera la constituye una introducción al debate, por Manuel Antonio Garretón, quien reflexiona sobre las transformaciones sociales, políticas y culturales de la sociedad latinoamericana en el fin de siglo. La segunda parte aborda el fenómeno de la globalización en sus aspectos sociocultural, político y económico. En esta segunda parte se incluyen los trabajos de Alain Touraine, Guadalupe Ruiz-Giménez y Roberto Bouzas. La tercera parte enfoca más que nada la inserción de América Latina en el mundo globalizado,

enfaticando las perspectivas filosófica, cultural y sociopolítica. Forman parte de la tercera sección del libro los artículos de Manuel Reyes Mate, José Matos Mar, Marcelo Cavarozzi y Anaisabel Prera. En la cuarta parte se analiza la diversidad cultural de América Latina, con trabajos que abordan las problemáticas de género e identidades religiosas, de los imaginarios literarios y del papel de los intelectuales, así como las relativas a los cambios en torno a la noción de lo urbano. Los trabajos que componen esta parte fueron elaborados por Saúl Sosnowski, Bernardo Subercaseaux, Armando Silva, Jorge Larraín y Sonia Montecino. Por último, la quinta parte aborda la cuestión de las industrias culturales y las relaciones con identidades sociales; incluye trabajos de Jesús Martín Barbero, Renato Ortiz y Luisa Vicioso.

Ahora bien, sin desconocer la riqueza que la diversidad de aproximaciones y posturas le dan al texto, y mucho menos que todo análisis de las implicaciones de la globalización para las sociedades constituye ciertamente un desafío, es de notar que no siempre es claro el criterio que da cuenta del material que se ofrece dentro de la economía del texto en su conjunto. Esto se explica, ciertamente, porque el libro contiene las ponencias que formaron parte del seminario “Hacia la consolidación de un espacio cultural latinoamericano” (llevado a cabo en octubre de 1998, y que forma parte del proyecto *Pensamiento Renovado de Integración*, iniciado por el Convenio Andrés Bello). Pero de todas maneras, estamos hablando de dieciséis artículos, a lo largo de los cuales encontramos reiteraciones y discrepancias, y una mirada de opiniones y problemáticas que hacen que el texto no sea de fácil digestión. O, para decirlo en otros términos, dada la falta de una integración del material de manera que se ofrezca una visión de conjunto, más que un libro pareciera que estamos leyendo una simple colección de opiniones y artículos. El material, por ende, ya de por sí complejo y resbaladizo, resulta aún más difícil de aprehender. Esto es aún más evidente dadas las discrepancias que se advierten respecto no solo de lo que cada uno de los colaboradores entiende por “globalización”, sino también por “integración” y “espacio cultural latinoamericano”.

Por ejemplo, según Manuel Reyes Mate, quien aborda la cuestión de la globalización desde el punto de vista filosófico, “la mundialización hay que entenderla, formalmente, como ‘occidentalización’ ” (78). Pero no podemos, dice Reyes Mate, en estos momentos confundir universalización con occidentalización, y ningún espacio común latinoamericano es posible si no nos libramos de la falsa universalidad occidental y, por lo tanto, de la falsa universalidad que supone el discurso de la globalización (93). Hay que desinflar el globo de la globalidad, afirma; la “economía de mercado” es un invento occidental, y aunque tampoco se puede desconocer que los mercados están relacionados, tampoco el mercado agota las posibilidades de la economía” (93). Claro que si bien es importante cuestionarse hasta qué punto el discurso de la globalización adquiere una falsa universalidad occidental, por otro lado es evidente que este autor vincula el concepto de globalización exclusivamente a la economía de mercado.

De igual manera, para Touraine, la globalización es una reconstrucción ideológica de una situación real; los modelos de posguerra son reemplazados por un momento de capitalismo desencadenado y lo que se llama globalización “no es otra cosa que el retorno del capitalismo... si uno entiende por capitalismo la economía de mercado” (31). Sin embargo, sostiene Touraine, no todos los procesos de cambios históricos, esto es, el desarrollo de las empresas transnacionales, el aumento del comercio mundial, el desarrollo de las redes financieras, la hegemonía norteamericana, están relacionados unos con otros (Touraine 31). Lo que estamos viviendo, ante la descomposición de los modelos anteriores, es la separación de varios componentes de la situación: el componente tecnológico, el económico, el financiero, el político y el cultural; “estamos en una situación opuesta a lo que indica el concepto de globalización” (Touraine 32).

Es más: según Martín Barbero, la globalización de la economía redefine hoy las relaciones centro-periferia. Eso que la globalización nombra ya no son movimientos de invasión, sino transformaciones que se producen desde y en lo nacional y aun en lo local. Es desde dentro de cada país que no solo la economía, sino la cultura, se mundializan (308). Si esto es así, llama la atención una afirmación como la de Garretón, quien al considerar la cuestión de la identidad o de un espacio cultural latinoamericano, afirma que “lo que interesa, es asumir la cuestión latinoamericana, no desde una mirada externa de los efectos de la globalización, sino también ‘desde dentro’, y de nuestros modos particulares y comunes de inserción en ella” (26). A menos que aquí por globalización entendamos solamente la economía de mercado, y que tal economía es una cuestión de países centrales y no de corporaciones transnacionales (y que benefician a unos cuantos en América Latina), parecería que la globalización está allí afuera, y a la que nos insertaríamos como a algo que nos es enteramente ajeno, cuando por otro lado se plantea en qué medida ya estamos viviendo (en mayor o menor medida de participación o exclusión) en un mundo globalizado.

✓ De hecho, para Garretón, la globalización no es la única tendencia que subordinará a todas las otras, sino que “vivimos en mundos mucho más complejos, en donde hay globalización y lo contrario a la vez” (3). Según Garretón, hay otros procesos o tendencias tan importantes y significativas como la globalización. Distingue cuatro contratendencias: a) La explosión de identidades, de tipo comunitaristas, que de alguna manera son una respuesta a la homogeneización de la cultura de masas, principalmente mediática y de origen norteamericano; b) la dinámica de reconstrucción y resignificación de los Estados nacionales; c) la expulsión de los procesos de globalización a vastos sectores de la humanidad. Se dan nuevos procesos de exclusión; y d) la cuarta contratendencia a los rasgos dominantes de una “globalización dominada por grandes potencias, o por poderes económicos y fácticos transnacionales”, es lo que Garretón denomina la “mundialización de la sociedad civil” (expresada por

aquellas organizaciones o movimientos vinculados a los derechos humanos, la mujer, el medio ambiente) (3-4).

En definitiva, ante estas observaciones, el primer interrogante que surge es: ¿qué entendemos, o podríamos entender, de acuerdo con lo que se propone en este libro, por globalización? Incluso, ante estos cambios que se perciben y que Garretón considera “contratendencias a la globalización”, la pregunta que surge es: ¿se trata realmente de contratendencias? ¿No son todos estos cambios parte del mismo proceso complejo y de grandes transformaciones que denominamos globalización?

Cualquiera sea la respuesta que le demos a estas preguntas, los diferentes conceptos de lo que se entiende por globalización (y no solo en este texto sino en el sinnúmero de trabajos que tratan sobre el tema), dejan claro que la globalización, como diría García Canclini, se nos presenta cada vez más como un objeto inmanejable, inasible; un “ocni”, un objeto cultural no identificado (*La globalización imaginada*. México. Paidós, 1999). Y quizás por esta misma razón, y dada la complejidad de los procesos y la aparente velocidad con que se van produciendo los cambios resultantes, quizás podríamos pensar que uno de los síntomas de nuestro tiempo es justamente la falta (y quizás la imposibilidad, y aun la inutilidad) de un marco conceptual único y lo suficientemente abarcador, que pueda dar cuenta del momento actual de una manera comprensiva. Incluso uno podría argumentar que la situación es teóricamente similar a la discusión del uso dual de la tecnología, la que puede ser usada con miras a una mayor adquisición de poder y liberación, pero también para la opresión, el control y la regulación. No solo eso, sino que uno de los interrogantes de mayor persistencia en la bibliografía (y este texto no es la excepción) es si la globalización es inevitable, o si debe ser resistida.

De todas maneras, e independientemente de que para algunos la multiplicidad y complejidad de los procesos que estamos viviendo sean procesos interrelacionados, para otros parte de la globalización y para otros tendencias que se oponen al proceso global, lo cierto es que la globalización se vincula a una serie de cambios cuyas diversas dimensiones están, como sugiere Giddens, estructurando nuestros modos de vivir, y de forma muy profunda (*Un mundo desbocado* 15-16). Ella introduce nuevas formas de riesgo y de incertidumbre, y nos afecta no solo a nivel económico sino también en términos políticos, sociales y culturales, sacudiendo instituciones y tradiciones (desde la familia y la religión, hasta la noción misma de democracia y de Estado-nación).

De hecho, no ha dejado de abordarse en los varios artículos que componen *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado* la cuestión del debilitamiento de los Estados-naciones (cada vez con menos poder y legitimidad), en un proceso de internacionalización de las políticas estatales y de conformación de bloques regionales, pero que no apuntan necesariamente a la creación de un “gobierno

global”. Por el contrario, paradójicamente se da una política cada vez más local en un mundo estructurado por procesos cada vez más globales (Ruiz-Giménez 41). Asimismo, para Roberto Bouzas, entre otros, la globalización si bien dista de ser un fenómeno omnicomprendido y homogéneo, tiene efectos que son suficientemente intensos como para alterar las reglas básicas bajo las que los Estados nacionales diseñan e implementan sus políticas, así como la efectividad de los mecanismos de representación y los vínculos de los actores sociales con el mercado (50, 57). Las tensiones políticas que se manifiestan en lo que se ha llamado “déficit democrático” son resultado de la transferencia de poder desde los Estados nacionales hacia el mercado y, en especial, hacia las empresas y los inversionistas internacionales (Bouzas 57).

Sin embargo, queda claro que, a pesar de los indiscutibles cambios que se perciben y de que se está configurando un nuevo orden internacional, a veces se exageran los efectos de la globalización. Cualquier buen observador o un viajero atento notaría que el llamado proceso de globalización no es tan global. Vastos sectores permanecen casi intocables. Y por supuesto que los efectos de la globalización en las sociedades dominantes no son simétricos con los efectos que ella tiene en las sociedades en desarrollo. Por el contrario, es altamente desigual en sus alcances y consecuencias, máxime si lo pensamos desde el punto de vista de la situación precaria de América Latina.

✓ Como sugiere García Canclini, en su texto *La globalización imaginada*, quizás habría que pensar que hay múltiples narrativas sobre lo que significa globalizarse. Estar globalizado no será lo mismo para un director de una corporación transnacional que para un indocumentado o para cualquiera de los gobiernos de América Latina. Y esta desigualdad en el imaginario respecto de lo global habla de las diferencias en cuanto a tener acceso (o no) a lo que se conoce como economía y cultura global. Es por eso que García Canclini habla de “globalizaciones imaginadas”, y no solo porque la integración involucra a algunos países más que a otros. O porque solo beneficia a una minoría, y para el resto es solo fantasía, sino también porque las interrelaciones son más regionales que globales; porque no todo está integrado con todo. Incluso, los efectos de la globalización se perciben más fácilmente en algunas manifestaciones culturales (como las industrias del cine y de la música) que en otras (como la literatura).

Es por ello, quizás, que la discusión en torno a la manera en que América Latina enfrenta estos procesos y transformaciones, si bien permea la mayoría de los trabajos incluidos en el texto que comentamos, muestra que son varias las opiniones y enfoques, particularmente en lo que a las posibilidades de una integración se refiere. A las problemáticas de la necesidad de repensar las ciudadanías y la participación democrática, o de una mayor democratización de la democracia, abordadas de una manera u otra por algunos autores, se suman las problemáticas que presentan la dimensión cultural y las identidades, con el intento quizás de fortalecer el espacio

cultural de la región. Algunos de los interrogantes centrales que se plantean son, ¿qué entendemos por integración? O, más específicamente: ¿de qué estamos hablando cuando hablamos de integración cultural? O aun si realmente es posible pensar en este siglo en un espacio cultural latinoamericano.

Es así como encontramos posiciones que van desde cuestionar si tal espacio cultural realmente existe, hasta discrepancias acerca de cuáles serían los elementos o sobre qué bases se podría hablar de una cultura latinoamericana y su integración. Hay quienes consideran, como Touraine, que la diferenciación interna será cada vez mayor y que el elemento de integración no será el factor cultural, “porque de ello hay demasiado” (35). No cree Touraine que el proceso actual esté dominado por procesos culturales sino políticos (36). Como en todas partes del mundo, dice, en Latinoamérica el factor de integración será la reconstrucción de las instituciones políticas (36). Por su parte, Cavarozzi nos recuerda que la desvinculación entre los países latinoamericanos es histórica. La conformación del modelo latinoamericano de sociedad generó un reforzamiento de la desvinculación entre las sociedades nacionales de América Latina, en tanto que en el modelo de desarrollo “hacia fuera” (que caracterizó el período 1860-1930), para cada nación latinoamericana ese “afuera relevante no incluyó a otros países de la región” (124). A mediados de la década de 1980, sin embargo, se crean las condiciones para revertir tal desvinculación.

Entre los factores que favorecieron este proceso, Cavarozzi identifica: la reforma económica y la globalización, que destruyeron los mecanismos proteccionistas y redujeron las opciones de política económica a disposición de los gobiernos del área; el fin de la guerra fría y agotamiento de la misión antisubversiva de las fuerzas armadas, democratización y desmilitarización de la política; la desestatización y el fenómeno del hiperpresidencialismo, mediante el cual se regeneraron las condiciones de orden y estabilidad perdidas durante la segunda mitad de la década de 1980 (aunque también se reforzaron rasgos autoritarios y no institucionales de la acción política) (131, 136). Para este autor, entonces, el fenómeno del “hiperpresidencialismo” y, más en general, los procesos de reconstrucción de la autoridad política que han descansado principalmente en la capacidad de los gobiernos contemporáneos de la región para gestionar y administrar la crisis económica, se percibe en su carácter contradictorio. Por un lado, esos procesos han contribuido a generar una revisión de la desvinculación histórica que caracterizó a América Latina desde el siglo XIX, e incluso desde la etapa colonial. Sin embargo, por otro lado, la consolidación y la profundización de esa integración, que son una posibilidad cierta en América del Sur, dependen de que los mecanismos en que ha descansado esa integración se institucionalicen, que permitan y requieran la creación de arenas políticas, nacionales y regionales, basadas en el intercambio político explícito (139).

Una perspectiva similar comparten José Matos Mar y Anaisabel Prera Flores, para quienes en la década de los noventa, por primera vez, y en parte como resultado

de la globalización, se perciben las condiciones mínimas indispensables para que progresen los acuerdos de integración en la región entre países o grupos de países. En la opinión de Matos Mar, si bien hay problemas estructurales que persisten en América Latina, la globalización, por supuesto, cambia las reglas del juego e impone un nuevo sello a los procesos de identidad, integración y desarrollo, y a las posibilidades de crear auténticos Estados nacionales y de fortalecer el propio espacio cultural latinoamericano (109). Anaisabel Prera Flores, por su parte, también llama la atención respecto de la necesidad de asociar el crecimiento y la competencia económica con la justicia social y la vida digna que merece todo ciudadano, y sobre todo marca la necesidad de que América Latina no se convierta en la receptora de los costos y no de los beneficios potenciales del proceso de globalización (142). Para esta autora, no habrá integración si no se consigue mantener el equilibrio entre Estado, mercado y sociedad (143). La integración debe ser entendida como la solidaridad para la competitividad (148).

Específicamente, en lo que a una posible integración cultural se refiere, la cuestión no está tan claramente definida. En efecto, si consideramos que, como señala Garretón, “hoy día se pasa de un mundo geopolítico a un mundo geoeconómico y, sobre todo, geocultural” (4), repensar la cuestión cultural no solo es crucial sino también altamente complejo. En estos momentos, lo que se percibe es, por un lado, un movimiento de antropologización de la cultura mediante el cual la vida social toda deviene, se convierte en cultura y, por otro lado, hay un movimiento de especialización comunicativa de lo cultural (Jesús Martín-Barbero 296). Hoy son sujeto/objeto de cultura tanto el arte como la salud, el trabajo como la violencia, y también hay cultura política y del narcotráfico, cultura organizacional y cultura urbana, juvenil, de género, profesional, audiovisual, científica, tecnológica, etc. (297).

En este contexto se explica, quizás, que para algunos la integración cultural en los países latinoamericanos supone: políticas de educación, políticas de salud y políticas de vivienda popular (Touraine 36). Pero, en general, la discusión se centra en la cuestión de las identidades y la innegable presencia cultural de América Latina en el mundo; presencia que, como afirma Garretón, no aseguraría la dimensión activa de lo que se llamaría un espacio cultural, ya sea porque no constituye el “cemento” de nuestras sociedades o porque ellas pueden convertirse en productos de exportación (28). Se plantea, así, la necesidad de repensar las subjetividades individuales y colectivas a la luz de tres fenómenos nuevos: las identidades político-estatales han dejado de ser las únicas definitorias para individuos o grupos; las identidades étnicas cobran mayor importancia; y el modelo estatal republicano, vigente hasta ahora, no da cuenta de las diversas y múltiples identidades que reclaman reconocimiento y ciudadanía (Garretón 26). Asimismo, independientemente de que pensar en consolidar el espacio cultural latinoamericano implica que ese espacio ha existido en el pasado, en general no se descarta la posibilidad de una integración latinoamericana,

aunque en la realidad actual hay que reconocer su carácter inestable y precario (Matos Mar, Bernardo Subercaseaux).

Algunos puntualizan que, en estos momentos, no se ha planteado seriamente la función activa de la cultura en el proceso de integración; ésta es fundamentalmente una cuestión de mercado (Prera Flores, Renato Ortiz). En el mejor de los casos, la dimensión cultural se manifiesta, siempre bajo el signo del mercado, ya sea como consumo o ya sea como industria cultural (Ortiz 333). Es decir, si bien las industrias culturales, al utilizar los medios de comunicación, pueden atravesar fronteras, esa circulación de productos culturales no está necesariamente orientada en términos de una “política de integración latinoamericana”, sino que se trata de una estrategia de mercado (Renato Ortiz 330-31). A diferencia de lo que sucedía en un pasado inmediato, ahora las industrias culturales actúan en el mercado, y sus estrategias están desvinculadas de cualquier “política pública” (331); fundamentalmente se trata de una integración de mercados o de distribución de productos.

En lo que al aspecto específicamente literario se refiere, Sosnowski puntualiza que la producción latinoamericana está acechada por la vasta circulación de los *best sellers* internacionales (*fast book literature* en muchos casos) y por estrategias de mercado que se disputan un mismo espacio y que, por lo tanto, afectan la circulación de obras locales. Pero, a la vez que se privilegia la novedad puntual (y pasajera) y la garantía de una firma, se reconocen letras nacionales y regionales que no se pliegan al consumo masivo; éstas pasan a una zona alternativa, de resistencia, de lecturas y reconocimientos más restringidos (162).

Martín-Barbero, por su parte, si bien reconoce que la integración de los países latinoamericanos pasa hoy, ineludiblemente, por su integración a una economía-mundo regida por la más pura y dura lógica de la competitividad capitalista, también considera que la revolución tecnológica plantea claras exigencias de integración, al hacer del espacio nacional un marco cada día más insuficiente para aprovecharlo. Pues si hay un movimiento poderoso de integración —entendida ésta como superación de barreras y disolución de fronteras—, es el que pasa por las industrias culturales de los medios masivos y las tecnologías de información. Y en este contexto se juega hoy la supervivencia cultural de nuestras identidades colectivas (307). Se sugiere, entonces, que el acercamiento político y económico debería tender a un mejor conocimiento de las culturas representadas por los países-miembros de un mismo mercado, y precisamente para mantener las diferencias culturales (Sosnowski 163). De hecho, hoy con más claridad que nunca se percibe que “la cultura”, como atinadamente nos lo recuerda Subercaseaux, “es un campo en disputa que en determinados momentos históricos reconoce ejes unificadores, sean éstos de carácter social o étnico, utopías o simplemente ideas-fuerza. La cultura va generando así identidades, sentidos de pertenencia, enraizamiento, origen y destino, pasado y futuro” (174).

En estos momentos, entonces, al pensar en integración cultural (o interculturalidad, especialmente de pueblos indígenas), no parecen quedar muchas dudas de que el desarrollo de industrias culturales y el papel de los intelectuales en la definición de pensamiento e imaginarios colectivos son elementos básicos en la configuración de un espacio cultural latinoamericano (Garretón 28). Es por ello que Saúl Sosnowski, por ejemplo, propone pluralizar toda consideración de la cultura, que “no pensemos sólo en términos de *un* espacio cultural latinoamericano en el contexto de la globalización, sino más bien en “identidades colectivas y multiculturalidad interregional” (156-57). Enfatizar la diversidad como característica identitaria surge como un aspecto central, fundamentalmente si se considera (como lo hace Sosnowski, entre otros) que el pensamiento globalizado tamiza, reordena y homogeneiza imágenes de América Latina para el consumo general. Pero el propio fenómeno de la globalización también ha generado una serie de anticuerpos que subrayan los perfiles constitutivos de múltiples culturas. Es allí justamente, dice Sosnowski, donde se inserta nuestra función: no tanto en buscar *un* denominador común para nuestras culturas, sino en lanzar como tal denominador la simultánea diversidad latinoamericana.

De la misma manera, Subercaseaux enfatiza la importancia de rol que siempre han cumplido los mecanismos tradicionales (intelectuales y creadores, las universidades y revistas, los congresos y reuniones) en la constitución de un imaginario colectivo, entendido no solo como un ‘nosotros’ latinoamericano, sino también como vocación por la construcción histórica de una utopía. Para este autor, si bien las industrias culturales y las formas de cultura de masas son fenómenos que permean hoy día a casi toda la sociedad latinoamericana, abarcando desde el nuevo entorno comunicativo-electrónico hasta una cierta plebeyización del tono cultural promedio de la sociedad, los mecanismos tradicionales en la constitución de un espacio cultural no han dejado de operar y seguirán teniendo un peso cualitativamente significativo en la conformación de un espacio cultural común (Subercaseaux 178).

Sin embargo, advierte Jesús Martín-Barbero, no se puede confundir este fenómeno de las industrias culturales en la actualidad con un retorno al sentido inicial dado por los de Frankfurt a ese concepto: “desublimada ‘caída del arte en la cultura’ y reducción de la cultura a mercancía. Pues ello nos impediría pensar las contradicciones que dinamizan la complejidad cultural de la sociedad de fines del siglo XX. Ya que ni la industria es lo contrario del arte, como ha demostrado sobradamente la existencia misma del cine, ni la estandarización implica una total anulación de la innovación, de la tensión creadora” (297). No se desconoce, sin embargo, que la industria audiovisual está produciendo un movimiento creciente de neutralización y borramiento de las señas de identidad regionales y locales (309). Las industrias del audiovisual juegan en el terreno estratégico de las imágenes que de sí mismo se hacen estos pueblos y con las que se hacen reconocer a los demás (310). Y, sin duda, el cine y la telenovela son hoy los que están indicando el derrotero que marca la

globalización comunicacional, “los avatares de la identidad industrializada”, solo viable (y rentable) en la medida en que sea capaz de insertar los temas locales en la sensibilidad y la estética de la cultura-mundo (Martín-Barbero 311).

Es más: según el análisis de Renato Ortiz, al perder el Estado-nación el monopolio de conferir el sentido a las acciones colectivas, no solo las identidades nacionales se debilitan sino que, en este contexto, también la noción de cultura popular cambiará. La cultura tradicional o la cultura popular de mercado producida por las industrias culturales ya no se constituyen más en referentes únicos. La modernidad-mundo posee su propio mobiliario: *fast-food*, jeans, tenis, música *pop*, estrellas de cine, etc. Invadidos por objetos e imágenes en los que diversos grupos hasta llegan a compartir un imaginario colectivo común; ellos hacen parte de una cultura “internacional-popular” (Ortiz 328).

Aunque quedan, según Martín Barbero, remanentes de la ilustrada oposición entre masas y cultura, sugiere comenzar a concebir las industrias culturales como lugares de condensación e interacción de redes culturales múltiples (298). Es una compleja reorganización de la hegemonía la que materializan hoy las industrias culturales, lo que nos está exigiendo concebirlas como dispositivos claves en la construcción de las identidades colectivas, esto es, en los procesos de diferenciación y reconocimiento de los sujetos que conforman las diversas agrupaciones (298). Incluso, Luisa A. S. Vicioso propone la creación de una contracultura feminista que aporte los valores que deberían irradiar las industrias culturales.

Al parecer, entonces, por un lado, si por integración entendemos, como señala Subercaseaux, una cierta direccionalidad, un proyecto identitario y una utopía compartida, ciertamente, en el clima de América Latina en estos momentos no se vislumbra un terreno fértil para la integración (187). Pero se divisan, según este autor, tres proyectos o perspectivas de integración: uno que se inscribe en el metarrelato del mercado, en el imperio de la economía; es el proyecto del mercado y de la autorregulación de los *mass media*, el proyecto que tiene a las industrias culturales y a las empresas como protagonistas privilegiadas del intercambio cultural. “Y nos guste o no, es el modelo que hoy funciona, el que opera” (Subercaseaux 188). La segunda dimensión de integración es la que se da en torno a proyectos contestatarios. Y la tercera vía de integración sería aquella que, tomando como base proyectos de integración económica o de mercado, incorpora la variable cultural (189).

Por otro lado, lo que a lo largo del libro ciertamente se destaca es que estamos viviendo un nuevo modo de pensar las identidades, el cual habla de la crisis de las monoidentidades, y la emergencia de multiculturalidades que desbordan, por arriba y por abajo, tanto lo étnico como lo nacional (Martín Barbero 298). Hoy el mapa cultural de nuestros países es otro: América Latina vive un desplazamiento del peso poblacional del campo a la ciudad que no es meramente cuantitativo, sino el indicio

de la aparición de una trama cultural urbana heterogénea. “Se trata de una multiculturalidad que desafía nociones de cultura, de nación y de ciudad” (299). Son cambios de fondo de “modos de estar juntos”, esto es, de experimentar la pertenencia y de vivir la identidad (300).

Precisamente Armando Silva examina los cambios en las características y el sentido de lo urbano en América Latina. Jorge Larraín, por su parte, destaca la magnitud de la complejidad del fenómeno religioso y el número de identidades religiosas en América Latina, y el proceso gradual (retrasado por el poder colonial español) de declinación de la religión católica como elemento decisivo de la identidad cultural latinoamericana. Aunque la postura de los católicos revelaría una confianza ilimitada en que la misma esencia de la identidad cultural latinoamericana tiene un sello católico, y el protestantismo sería inherentemente ajeno a la identidad cultural latinoamericana (242). Sonia Montecino examina desde perspectivas actuales e históricas los modos en que nuestras culturas nombran lo femenino y lo masculino en situaciones de mestizaje. Si bien este trabajo abunda en temas ya bastante conocidos (por ejemplo, la figura de la Malinche vs. La virgen de Guadalupe, las oposiciones madre/santa/prostituta, etc.), también destaca la validez de seguir reflexionando sobre la relación paternidad e ilegitimidad, y el proceso de mestizaje, en el cual el *símbolo Madre* todavía constituye un referente cultural de género que atraviesa clases; particularmente teniendo en cuenta que la ilegitimidad sigue siendo una realidad importante para un gran número de hombres y mujeres (se estima que un treinta por ciento de los niños son ilegítimos y que la cifra no ha variado mucho desde principios del siglo XX (271). Es importante también tener en cuenta, como lo hace Montecino, la diferencia que hay entre el mundo “occidental” y el mundo andino, por ejemplo, en relación con los géneros (275).

Asimismo, si bien con la presencia de los nuevos movimientos sociales y el rol de las ONG (locales e internacionales) se podría hablar, como algunos han sugerido, de una globalización “desde abajo”, en oposición a una globalización “desde arriba”, o incluso de una “contra-globalización”, las dialécticas entre lo global y lo local continúan intensificándose. Es decir, por un lado se da el fenómeno de los fundamentalismos, y no solo religiosos, los cuales refuerzan la exclusión social y cultural, en una perversa reconversión del racismo. Por otro lado, se reconoce la configuración de una esfera pública internacional que moviliza nuevas modalidades de ciudadanía; o formas de ciudadanía mundial (como lo muestran las organizaciones internacionales de defensa de los derechos humanos y las ONG que, desde cada país median entre lo internacional y lo local, Martín-Barbero 302).

A propósito de este nuevo orden internacional, el texto deja traslucir una cuestión que nos parece central y que tiene que ver con la ética, sobre todo con los criterios universales de la justicia social. Como bien lo señala Ruiz-Giménez, ante este proceso del debilitamiento de los Estados-naciones y el surgimiento de actores

transnacionales, se plantea la problemática de las responsabilidades éticas y sociales de estos actores; es decir, ¿quién se convierte en garante o árbitro de estos espacios y actores transnacionales? (Ruiz Giménez 39). Asimismo, desde un punto de vista filosófico, Reyes Mate destaca la necesidad de rescatar el valor cognitivo de la experiencia, el cual se opone a aquél que se basa en la idea que nos hacemos de las cosas (el *logos*). Es la diferencia entre un conocimiento apático (la idea de la realidad) y conocimiento con *pathos* (conocimiento a partir de la experiencia) (89). El “conocimiento experiencial” es una experiencia con tiempo y, por eso, un conocimiento con memoria. Y ¿quiénes recuerdan?, se pregunta Reyes Mate. Recuerda aquél cuya existencia es un olvido. Recuerdan los perdedores de la historia, quienes pagan el precio de este presente sin tiempo en que todo se mueve a alta velocidad, en el que lo instantáneo y perecedero gozan de un raro privilegio. Un rasgo definitorio, entonces, del conocimiento experiencial es “la importancia cognitiva del sufrimiento” (91). Por eso, para este autor, América Latina puede ser ese lugar desde donde se puede pensar el futuro, un futuro con memoria. Y no es casualidad que en esta línea de reflexión se ubique un reciente libro de E. Dussel, *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*.

Para concluir, entonces, parecen no quedar muchas dudas de que, en estos tiempos de globalización, existen múltiples elementos que indican, como diría Moneta, que el mundo navega en un período de crisis. Crisis política, en parte por un sentimiento generalizado de “inutilidad política”; crisis económica con graves efectos sociales; crisis ética a partir de la disminución de la calidad e intensidad de los referentes valorativos; y una crisis cultural ante el fuerte ataque del que son blanco las concepciones anteriores de conciencia histórica y un cambio en los elementos fundamentales en la construcción de la identidad (Néstor García Canclini y Carlos Juan Moneta, *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, Buenos Aires. Audeba, 1999, 7).

Por otro lado, ante esta situación, pareciera que reinventar la política, como señala Touraine, es el problema principal del mundo actual; entendiendo por ello la creación o transformación de instituciones que puedan hacer frente a todos los cambios que se perciben a nivel mundial, particularmente en lo que concierne a la economía, la tecnología, los medios masivos de comunicación y, por supuesto, el bienestar de la sociedad civil; es decir, tenemos que ser capaces de combinar (a nivel nacional y no mundial) una política económica abierta y la defensa de las identidades culturales (no necesariamente nacionales), respetando las diferencias a través de métodos democráticos (Touraine 36). Incluso, uno podría concluir que la globalización sin duda está teniendo lugar, pero sus formas y contornos están siendo determinados por patrones de resistencia, algunos con efectos más progresistas que otros (los derechos humanos, las organizaciones internacionales del trabajo, el medio ambiente, los debates sobre el género, etc.). Ella nos afecta de una manera u otra, pero en

particular en nuestra responsabilidad como intelectuales al tratar de desarrollar una comprensión crítica de sus múltiples niveles, consecuencias y posibilidades.

Por último, habría que señalar que, como se reconoce en la presentación del libro, desafortunadamente no figuran en él discusiones sobre las identidades étnicas, la educación y la dimensión científico-tecnológica, temas ciertamente centrales en una consideración del momento actual en su dimensión cultural y de redefinición de identidades. Asimismo, como se ha señalado anteriormente, a menos que uno tenga que hacer una reseña como esta, es difícil captar la riqueza del texto en su totalidad, más allá de la riqueza de las colaboraciones individuales. Dada la falta de una visión de conjunto, que dé cuenta de la reiteración de temas que encontramos en los diferentes artículos y de las discrepancias y perspectivas diferentes desde las que se abordan las múltiples problemáticas, pareciera que queda a cargo del lector decidir de qué manera este texto no solamente se incorpora, sino también avanza en el debate sobre la globalización y sus efectos en América Latina. O, para decirlo en otros términos, podemos apreciar los árboles, pero no necesariamente podemos ver el bosque. Y el bosque en este texto es altamente válido y rico en su aporte al debate.

María Cristina Pons
University of California, Los Angeles